

12

Viejas Postales
Descoloridas

La calle
del
Águila
por FEDERICO
VILLOCH

—III—

LA mañana del 23 de diciembre de 1908 estalló una explosión de inusitada alegría en la cuadra de la calle del Águila comprendida entre las de San Rafael y San Miguel, con motivo de haberse sacado el premio mayor entero de MEDIO MILLON DE PESOS, de la Lotería Nacional, extraordinaria, que se acababa de jugar en el patio del edificio de la Secretaría de Hacienda, hoy de Agricultura, los albañiles que trabajaban en la construcción de la casa propiedad de Don Sebastián Gelabert, que hoy es la marcada con el número 405. Unos a otros se abrazaban en medio de la más frenética locura, gritando a todo pecho, ante el asombro de los curiosos de la calle que no sabían aún de lo que se trataba: ¡Viva Cuba! ¡Viva España! ¡Viva Mallorca!...

Sosegados los ánimos, llegó al fin a saberse que dichos albañiles habían comprado, entre todos, el billete entero número 8874, de la Lotería Nacional extraordinaria de Navidad; y que éste había obtenido el premio mayor. Al maestro principal, contratista de la obra, Juan Frau, le tocaron 300.000 pesos; a su segundo, Juan Grimall, 50.000; y el resto se repartió entre los demás operarios, en su mayoría oriundos de Mallorca. Sólo un pobre peón del grupo no había podido entrar en la compra del billete, y era el único que se veía triste y abatido entre sus afortunados compañeros; pero éstos, generosamente, le cedieron una participación en el billete, logrando reunirle cinco mil pesos, y entrando, de este modo, en la alegría general de sus amigos. No se conocía aún el modismo popular de «entrar en el duro», que hoy se aplica cuando se «participa del dinero»; pero dicteamos una ley con efectos retroactivos, como es costumbre, y apliquémosla al dichoso peón.

Está de más decir que en el acto llovieron sobre la venturosa mansión reporteros y fotógrafos de todos los periódicos de la Habana, y que la noticia corrió en seguida por toda la ciudad con el mayor alborozo. Los billetteros, aprovechando el reclamo, cayeron sobre aquel tramo de Águila entre San Rafael y San Miguel, y se cansaron de vender billetes; pero es fama que ninguno de ellos salió en ningún premio de consideración, demostrándose, una vez más, que la fortuna no pasa dos veces por el mismo sitio...

Apenas cesó el Gobierno Colonial en 1899, la lotería de Cuba cesó también automáticamente; y aunque el pueblo la deseaba y la pedía con insistencia, tanto el Gobierno Interventor, como el del primer Presidente de la República don Tomás Estrada (Palma, se mostraron «sordos a los ayes e insensibles al ruego». Unos la combatían por perjudicial y engendradora del vicio entre las masas; y otros la defendían con entusiasmo, declarando que era «la única esperanza del pobre». Y se dió el caso, irónico pudiéramos llamarle, que cuando en el gobierno de José Miguel volvió a restaurarse la lotería, el premio mayor del primer sorteo, de CIEN MIL PESOS, le tocó entero a un rico hacendado de Cienfuegos; y ya puede suponerse el choteo y la guasa a que dió lugar el inesperado suceso.

En la crónica del popular semanario «La Caricatura», de aquella época, que por más de veinte años estuvimos escribiéndola, firmada con el pseudónimo de «Cascabel», publicamos unas quintillas alusivas al caso, de las que recordamos las siguientes:

¿Del pobre, la lotería,
La esperanza? ¡Ni un pitoche!
Cuénteselo usted a su tía;
que al pobre, aquí y en Turquía,
siempre le coge la noche.
Pero lo que sí sabemos
y sin miedo lo diremos,
es que en ese «cubilete»...
muchos que aquí conocemos
se la sacan sin billete.

La calle del Águila quedó tan acreditada con el premio de medio millón de pesos de los albañiles, que la gente se reservaba para comprar sus billetes en dicha calle. Un amigo nuestro del tiempo viejo, muy apreciado de la sociedad habanera y un buen patriota, el culto doctor Matías Duque, obtuvo en un sorteo una buena parte del premio mayor, y nos confesó que había comprado el billete, siguiendo la leyenda, en la calle del Águila esquina a San José.

El medio millón de pesos de los albañiles de la calle del Águila fué depositado en una de las bóvedas del acreditado Banco Habana, de aquel tiempo, del que era presidente don Sebastián Gelabert, y a cada depositante se le abrió su respectiva cuenta corriente. Contábase que una vez varios de aquellos depositantes tuvieron el capricho de que les enseñaran el dinero depositado sólo por tener el gusto de verlo, y

cuando se enfrentaron con aquellas panzudas y numerosas talegas, uno de ellos no pudo reprimir esta exclamación, reveladora de su asombro:

—¡Alabado sea Dios, cuánto dinero!

Don Sebastián Gelabert, propietario, como hemos dicho, de la casa en fabricación, hombre de carácter y de un gran fondo moral, reunió a los afortunados albañiles y pudo con su reposada palabra llevar la tranquilidad al ánimo de aquellos hombres a quienes la suerte había conducido a un extremo de incontenible excitabilidad nerviosa, casi rayano en la locura, viéndose de buenas a primeras convertidos, de humildes jornaleros, en hombres capitalistas. Uno de ellos confrontaba el día antes del sorteo en que resultara agraciado, un para él serio problema familiar, al recibir una

carta de su padre, residente en Palma de Mallorca, de donde casi todos procedían, pidiéndole encarecidamente que le enviase quince pesetas para un apuro; y el hijo intentaba enviarle ya cientos y miles de pesos, a lo que Gelabert le aconsejó le enviase sólo veinte o veinticinco, para no llevar también con la inusitada noticia la locura y el desequilibrio a aquel lejano y modesto hogar; que tiempo tendría de sobra para que con calma y sosiego fuera enterando de todo a sus familiares. La Habana entera acudió a ver la casa de la suerte; y había que oír los comentarios, las fantasías y los detalles que se inventaban acerca del suceso.

Los albañiles y su maestro de obras habían experimentado días antes una fuerte y desagradable emoción, con motivo de haberse derrumbado una de las paredes del edificio, ya fabricada, a causa de un pequeño ciclón que hubo de desatarse, cayendo aquella sobre el patio de una casa vecina de la calle de San Rafael, y causando la muerte de una pobre niña. Agradecidos a aquella casa que les había proporcionado una fortuna, todos se comprometieron con Gelabert a terminar la fábrica; y así lo hicieron, clavando al fin, en lo alto de ella, y en medio del mayor regocijo, a los dos o tres meses, la consabida bandera roja con que es costumbre celebrar ese acto, lo que constituyó un acontecimiento que no habrán olvidado segu-

ramente los descoloridos que vivían cerca de aquellos sitios. Todos volvieron a su país—las Islas Baleares—y Juan Frau, el maestro de obras que como sabemos había sido agraciado con trescientos mil pesos, a los pocos meses de llegar a su país natal contrajo matrimonio con una de las más bellas y acaudaladas señoritas de Palma de Mallorca...

«Dinero llama dinero»—dice el adagio—cuando no quebraderos de cabeza, y no pocas veces, envidias, enemistades y malandanzas. De uno de aquellos afortunados sabemos que al cabo de dos años de «baseante en corte», en Barcelona, volvió a Cuba, ya sin una peseta, y que la emprendió de nuevo con su antiguo oficio de albañil; y puede que alguna vez, ajustando ladrillos y manejando la noble cuchara de su oficio, cantara, allá arriba, desde lo alto de un inestable y peligroso andamio, esta filosófica copia popular:

El ciego que nunca vió
ni supo lo que fué ver,
no vive tan sin placer
como el que ha visto y cegó.

alternándola con esta otra de fondo más vulgar y comprensivo:

El que nace para medio,
siendo su suerte fatal,
cuando tiene real y medio
siempre se le pierde un real.

Porque nada más fácil para el hombre que—por uno u otro medio—conquistar la fortuna; pero ¡qué difícil le es, saberla conservar!

(Continuará la próxima semana)

SM, mayo 28/44



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA